

## 1. El descubridor de las cosas

Íbamos por la calle, cogidos de la mano y sin la menor prisa. Totoca iba enseñándome la vida y yo estaba muy contento, porque mi hermano mayor me llevaba de la mano y me enseñaba las cosas, pero las de fuera de casa, porque en ésta yo aprendía descubriéndolas solo y haciéndolas solo, me equivocaba y, al equivocarme, acababa siempre recibiendo unos azotes. Hasta hace muy poco, nadie me pegaba, pero después descubrieron las cosas y no cesaban de decir que yo era malo, que era un diablo, un gato entigrecido. Yo no quería saber nada de eso. Si no hubiese estado en la calle, me habría puesto a cantar. Cantar era bonito. Totoca sabía hacer otra cosa, además de cantar: silbar. Pero, por más que yo lo imitaba, no me salía nada. Él me animó diciendo que era así exactamente, pero que aún no tenía boca de soplador. Así que, como no podía cantar por fuera, fui cantando por dentro. Era algo muy raro, pero se fue volviendo muy divertido e iba recordando una música que Mamá cantaba cuando era yo muy chiquitito. Estaba en el lavadero, con un pañuelo en la cabeza para protegerse del sol. Llevaba un delantal

atado a la cintura y se quedaba horas y más horas, metiendo las manos en el agua y haciendo mucha espuma con el jabón. Después retorció la ropa e iba hasta la cuerda. Lo colgaba todo de ella y levantaba la caña. Hacía lo mismo con toda la ropa. Estaba lavando la ropa de la casa del Dr. Faulhaber para ayudar con los gastos de la casa. Mamá era alta y delgada, pero muy bonita. Tenía un color muy moreno y el pelo negro y liso. Cuando se dejaba el pelo suelto, le llegaba hasta la cintura. Pero lo bonito era cuando cantaba y yo me quedaba a su lado para aprender.

*Marinheiro, Marinheiro  
Marinheiro de amargura  
Por tua causa, Marinheiro  
Vou baixar à sepultura...*

*As ondas batiam  
E na areia rolavam  
Lá se foi o Marinheiro  
Que eu tanto amava...*

*O amor de Marinheiro  
É amor de meia hora  
O navio levanta o ferro  
Marinheiro vai embora*

*As ondas batiam...\**

\* *Marinero, marinero, / Marinero de mis amores, / Por tu culpa, marinero, / Padezco tantos dolores... // Las olas batían / Y barrían la arena. / Allí se fue el marinero / Al que yo tanto quería... // El amor del marinero / Es amor de media hora. / El navío leva anclas / Y el marinero se evapora... // Las olas batían...*

Hasta ahora aquella música me daba una tristeza que yo no conseguía entender.

Totoca me dio un empujón y desperté.

—¿Qué te ocurre, Zezé?

—Nada. Estaba cantando.

—¿Cantando?

—Sí.

—Pues debo de estar quedándome sordo.

Entonces, ¿no sabía que se podía cantar por dentro? Me quedé callado. Si no lo sabía, yo no se lo enseñaría.

Habíamos llegado al borde de la carretera de Río a Sao Paulo.

Pasaba de todo por ella: camiones, automóviles, carros y bicicletas.

—Mira, Zezé, esto es importante. Lo primero es mirar bien. Mira para un lado y para el otro. Ahora.

Cruzamos corriendo la carretera.

—¿Te ha dado miedo?

Claro que sí, pero dije que no con la cabeza.

—Vamos a volver a cruzar juntos. Después quiero ver si has aprendido.

Volvimos.

—Ahora tú solo. Sin miedo, que ya te estás haciendo un hombrecito.

El corazón se me aceleró.

—Ahora. Ve.

Me lancé casi sin respirar. Esperé un poco y él dio la señal para que volviese.

—Para ser la primera vez, lo has hecho muy bien, pero has olvidado una cosa. Tienes que mirar para los dos lados a ver si viene un coche. Yo no voy a estar aquí siempre para darte la señal. A la vuelta, practica-

remos más. Ahora vamos, que te voy a enseñar una cosa.

Me cogió de la mano y volvimos a ponernos en marcha despacio. Yo estaba impresionado con una conversación que había tenido.

—Totoca.

—¿Qué?

—¿Se nota cuando ya se tiene uso de razón?

—¿Qué tontería es ésta?

—Fue el tío Edmundo quien me lo dijo. Dijo que yo era «precoz» y que pronto iba a llegar a tener uso de razón. Y yo no siento ninguna diferencia.

—El tío Edmundo es un bobo. No para de meterte cosas en la cabeza.

—No es bobo. Es sabio y, cuando yo crezca, quiero ser sabio y poeta y llevar corbata de lazo. Un día me haré una foto con corbata de lazo.

—¿Por qué con corbata de lazo?

—Porque nadie es poeta sin corbata de lazo. Cuando el tío Edmundo me enseña retratos de poetas en una revista, todos llevan corbatas de lazo.

—Zezé, deja de creer en todo lo que te dice el tío Edmundo: está un poco chalado y es un poco mentiroso.

—Entonces, ¿es un hijo de puta?

—Mira que ya has cobrado en la boca por tanto decir palabrotas, ¿eh? El tío Edmundo no es eso. He dicho «chalado», un poco loco.

—Has dicho que era mentiroso.

—Una cosa nada tiene que ver con la otra.

—Sí que tiene que ver. El otro día, Papá estaba hablando con el señor Severino, el que juega a las cartas con él y habló así del señor Labonne: «Ese viejo hijo

de puta mente con avaricia»... Y nadie le dio en la boca.

—Los mayores pueden decirlo, no tiene importancia. Hicimos una pausa.

—El tío Edmundo no es... ¿Qué es exactamente eso de «chalado», Totoca?

Él se giró el dedo en la sien.

—Pues no lo está, no. Es muy bueno: me enseña cosas y hasta ahora sólo me ha dado un azote y no con fuerza.

Totoca dio un salto.

—¿Que te dio un azote? ¿Cuándo?

—Un día en que estaba yo muy travieso y Glória me mandó a casa de Dindinha. Resulta que él quería leer el periódico y no encontraba las gafas. Buscaba y buscaba, desesperado. Preguntó a Dindinha y nada. Los dos buscaron por todos los rincones de la casa. Entonces yo dije que sabía dónde estaban y que, si me daba una moneda para comprar canicas, se lo diría. Él fue a buscar un *tostão* en su chaleco.

—Ve a buscarlas y te la daré.

—Fui al cesto de la ropa sucia y las cogí. Entonces me regañó: «¡Has sido tú, granuja!». Me dio un azote en el culo y me quitó el *tostão*.

Totoca se rió.

—Te vas allí para no cobrar en casa y cobras allí. Vamos más deprisa, que, si no, no vamos a llegar nunca.

Yo seguía pensando en el tío Edmundo.

—Totoca, ¿un niño es un jubilado?

—¿Cómo?

—El tío Edmundo no hace nada y gana dinero. No trabaja y en la alcaldía le pagan todos los meses.

—¿Y qué?

—Los niños no hacen nada, comen, duermen y reciben dinero de los padres.

—Un jubilado es diferente, Zezé. Un jubilado es quien ya ha trabajado mucho, se ha quedado canoso y anda despacito, como el tío Edmundo, pero vamos a dejar de pensar en cosas difíciles. Que te guste aprender con él me parece bien, pero conmigo, no. Haz como los demás niños. Di palabrotas incluso, pero deja de llenarte esa cabecita con cosas difíciles. Si no, no vuelvo a salir contigo.

Me enfadé un poco y no quise hablar más. Tampoco tenía ganas de cantar. El pajarito que cantaba dentro de mí se alejó volando.

Nos detuvimos y Totoca señaló la casa.

—Es esa de ahí. ¿Te gusta?

Era una casa común y corriente, blanca y con ventanas azules, cerrada toda ella y en silencio.

—Sí que me gusta, pero, ¿por qué tenemos que mudarnos aquí?

—Siempre es bueno mudarse.

Nos quedamos contemplando desde la cerca un arbolito de mango a un lado y un tamarindo al otro lado.

—Tú, que quieres saberlo todo, no has sospechado el drama que hay en casa. Papá está en paro, ¿no? Hace más de seis meses que se peleó con *mister* Scottfield y lo pusieron en la calle. ¿No has visto que Lalá ha empezado a trabajar en la Fábrica? ¿No sabes que Mamá va a trabajar en la ciudad, en el Molino Inglés? Pues mira, tontín, todo eso es para juntar un dinero y pagar el alquiler de esa nueva casa. En la otra, Papá debe ya ocho meses. Tú eres demasiado niño para saber esas cosas tristes, pero yo voy a tener que acabar ayudando a misa para contribuir en casa.

Se quedó unos minutos en silencio.

—Totoca, ¿van a traer la pantera negra y las dos leonas aquí?

—Claro que sí y un servidor, el esclavo, será quien tendrá que desmontar el gallinero.

Me miró con cariño y pena.

—Yo soy el que va a desmontar el Parque Zoológico y a armarlo aquí.

Me sentí aliviado, porque, si no, habría tenido que inventar algo nuevo para jugar con mi hermanito más pequeño: Luís.

—Bueno, ya ves que soy tu amigo, Zezé. Ahora no te cuesta nada contarme cómo conseguiste «aquello»...

—Te juro, Totoca, que no lo sé. La verdad es que no lo sé.

—Estás mintiendo. Has estudiado con alguien.

—No he estudiado nada. Nadie me ha enseñado. Sólo puede haber sido el diablo, que, según Jandira, es mi padrino y me enseñó durmiendo.

Totoca estaba perplejo. Al principio, hasta me había dado capones para que se lo contara, pero yo no sabía contárselo.

—Nadie aprende esas cosas solo.

Pero se quedaba mudo, porque la verdad es que nadie había venido a enseñarme nada. Era un misterio.

Fui recordando alguna cosa que había sucedido una semana antes. La familia se quedó perpleja. Comenzó cuando, en casa de Dindinha, me senté junto al tío Edmundo, que estaba leyendo el periódico.

—Tíito.

—¿Qué hay, hijo?

Se bajó las gafas hasta la punta de la nariz, como hacía toda la gente mayor y vieja.

— ¿Cuándo aprendió usted a leer?

— Más o menos con seis o siete años de edad.

— ¿Y una persona puede leer con cinco años?

— Poder puede. A nadie le gusta hacer eso, porque el niño es aún muy pequeño.

— ¿Cómo aprendió usted a leer?

— Como todo el mundo: en la cartilla. Haciendo así: la *b* con la *a*, *ba*.

— ¿Todo el mundo tiene que hacerlo así?

— Que yo sepa, sí.

— Pero, ¿todo, todo el mundo?

Me miró intrigado.

— Mira, Zezé, todo el mundo tiene que hacerlo así. Ahora déjame terminar la lectura. Ve a ver si hay guayabas en el fondo del patio.

Se puso las gafas en su sitio e intentó concentrarse en la lectura, pero yo seguí allí.

— ¡Qué pena!...

La exclamación me salió tan sentida, que volvió a bajarse las gafas hasta la punta de la nariz.

— Hay que ver, cuando te empeñas en algo...

— Es que he venido de casa, he caminado mucho, sólo para contarle a usted una cosa.

— Entonces, a ver: cuenta.

— No. No es así. Primero tengo que saber cuándo va a recibir la pensión.

— Pasado mañana.

Puso una leve sonrisa mientras me observaba.

— ¿Y cuándo es pasado mañana?

— El viernes.

— Entonces, el viernes, ¿querría usted traerme un «Rayo de Luna» para mí, de la ciudad?



—Más despacio, Zezé. ¿Qué es «Rayo de Luna»?

—Es el caballito blanco que vi en el cine. Su dueño es Fred Thompson. Es un caballo adiestrado.

—¿Quieres que traiga un caballito con ruedas?

—No, tío. Quiero el que tiene cabeza de madera y riendas, al que se le pone una cuerda y sale corriendo. Tengo que entrenarme, porque voy a trabajar en el cine más adelante.

Él siguió riendo.

—Comprendo. Y, si te lo traigo, ¿qué me das tú?

—Yo hago algo por usted.

—¿Un beso?

—No me gustan demasiado los besos.

—¿Un abrazo?

Entonces miré al tío Edmundo con una pena infinita. Mi pajarito, ahí dentro, me dijo algo y recordé otras cosas que había oído muchas veces... El tío Edmundo estaba separado de su mujer y tenía cinco hijos... Vivía muy solo y caminaba muy despacio... A saber si no andaría despacio porque añoraba a sus hijos. Y sus hijos nunca iban a visitarle.

Di la vuelta a la mesa y le rodeé con fuerza el cuello con los brazos. Sentí su pelo blanco rozarme la cabeza, muy suavemente.

—Esto no es por el caballito. Lo que voy a hacer es otra cosa. Voy a leer.

—¿Sabes leer, Zezé? ¿Qué historia es ésa? ¿Quién te ha enseñado?

—Nadie.

—Estás contándome mentiras.

Me alejé y desde la puerta comenté:

—¡Tráigame el caballito el viernes y verá si leo o no!...

Después, cuando se hizo de noche y Jandira encendió el quinqué, porque la compañía eléctrica había cortado la corriente por falta de pago, me puse de puntillas para ver la «estrella». Tenía una estrella dibujada en un papel y debajo una oración para proteger la casa.

—Jandira, cógeme en brazos, que voy a leerlo.

—Déjate de cuentos, Zezé, que estoy muy ocupada.

—Pues cógeme y verás si sé o no leer.

—Mira, Zezé, como me estés preparando alguna de las tuyas, vas a ver, ¿eh?

Me cogió en brazos y me levantó por encima de la puerta.

—Venga, lee, que quiero verlo.

Entonces leí. Leí la oración que pedía a los Cielos bendición y protección de la casa y que ahuyentaran los malos espíritus.

Jandira me depositó en el suelo. Se había quedado con la boca abierta.

—Zezé, tú te lo has aprendido de memoria. Me estás engañando.

—Te lo juro, Jandira. Yo sé leerlo todo.

—Nadie puede leer sin haberlo aprendido. ¿Ha sido el tío Edmundo? ¿Dindinha?

—Nadie.

Cogió un trozo de periódico y yo leí. Leí todo correctamente. Ella dio un grito y llamó a Glória. Glória se puso nerviosa y fue a llamar a Alaíde. Al cabo de diez minutos, un montón de gente del vecindario vino a ver el fenómeno.

Eso era lo que Totoca quería saber.

—Él te enseñó y te prometió el caballito, si aprendías.

—No, no fue así.

—Voy a preguntárselo a él.

—Pues ve a preguntar. Yo no sé decir cómo fue, Tootoca. Si lo supiera, te lo contaría.

—Entonces, vamos. Vas a ver tú. Cuando necesites algo...

Me cogió la mano, enfadado, y me llevó de vuelta a casa. Entonces, pensó en algo para vengarse.

—¡Bien hecho! Has aprendido demasiado pronto, so bobo. Ahora vas a tener que ingresar en la escuela en febrero.

Aquello había sido idea de Jandira. Así la casa quedaría toda la mañana en paz y yo aprendería a comportarme.

—Vamos a practicar en la carretera de Río a Sao Paulo, porque no vayas a creerte que, cuando vayas a la escuela, voy a hacerte de criado para cruzarte todo el tiempo. Como sabes tanto, apresúrate a aprender eso también.

—Aquí está el caballito. Ahora quiero ver lo que dijimos.

Abrió el periódico y me mostró una frase de anuncio de un remedio.

—«Este *producto* se encuentra en todas las farmacias y establecimientos del ramo.»

El tío Edmundo fue a llamar a Dindinha en el patio.

—Mamá. Ha leído correctamente incluso *producto*. Los dos juntos empezaron a darme cosas para leer y yo lo leía todo.

Mi abuela murmuró que el mundo estaba perdido.

Me gané el caballito y de nuevo abracé al tío Ed-

mundo. Entonces él me cogió la barbilla y me habló emocionado.

—Vas a llegar lejos, tunante. No es casualidad que te llames José. Serás el sol y las estrellas van a brillar a tu alrededor.

Me quedé mirándolo sin entender y pensando que estaba chalado, la verdad.

—Tú no lo entiendes. Es la historia de José de *Egipto*. Cuando crezcas más, te contaré esa historia.

Yo me moría por las historias. Cuanto más difíciles, más me gustaban.

Acaricé mi caballito un buen rato y después levanté la vista hacia el tío Edmundo y pregunté:

—La semana que viene, ¿cree usted que ya habré crecido?...